

# 1

**M**i teléfono móvil sonó indicando que acababa de recibir un mensaje de texto.

*B: Dentro de veinte minutos salgo del despacho.*

Silenció mi teléfono, haciendo caso omiso del mensaje de Blake, y centré de nuevo mi atención en Alli. Ella se recogió un largo mechón castaño detrás de la oreja y siguió poniendo al equipo al corriente sobre las estadísticas semanales de Clozpin, la compañía emergente que habíamos creado en Internet. La escuché con atención, alegrándome de tenerla de nuevo en el equipo.

Hacía solo unas semanas que Alli había regresado a Boston, pero al fin compartía una ciudad y un apartamento con Heath. Él estaba feliz, ella estaba feliz y yo estaba encantada de que Alli hubiera retomado su puesto como directora de marketing después de su debacle con Risa. Yo había invitado a Alli a reincorporarse a nuestro equipo antes de dejar que Risa empezara a divulgar información confidencial sobre nuestra compañía.

Al pensar en eso torcí el gesto. Alli era una fuente de optimismo, pero la traición de Risa aún me dolía. No había sabido nada de ella desde nuestro último encuentro, y de alguna forma el silencio entre nosotras me infundía más temor que cualquier otra cosa. Quería dudar de su capacidad para fundar una empresa competidora con Max, quien había estado a punto de invertir en nuestra compañía y era enemigo jurado de Blake, pero la incertidumbre me inquietaba. ¿Y si lograban atraer a nuestros anunciantes y nos los arrebataban? ¿Y si lograban construir algo legítimamente mejor, capaz de satisfacer una necesidad que Clozpin no había cubierto?

Con la cantidad de dinero que Max iba a poner sobre la mesa, además de la información confidencial que Risa había obtenido directamente de todo cuanto yo había aprendido durante el breve tiempo que llevaba ejerciendo como CEO de la compañía, todo era posible. Por lo demás, la forma en que se había marchado, cargada de veneno y resentimiento, ponía de relieve todas las inseguridades que me habían asaltado con respecto a dirigir un negocio. Yo era todavía una principiante, de eso no cabía duda. Quería creer que era capaz de valerme por mí misma, y en muchos aspectos lo había logrado, pero aún tenía mucho que aprender.

Recibí otro mensaje de texto en mi teléfono móvil, no menos incordiante mientras vibraba contra la superficie de cristal de la mesa de juntas.

B: *¿Erica?*

Puse los ojos en blanco y me apresuré a teclear una respuesta. Sabía que él no me dejaría en paz hasta que le contestara.

E: *Estoy reunida. Te llamaré más tarde.*

B: *Cuando llegue a casa te quiero desnuda en mi cama. Debes marcharte pronto.*

E: *Necesito más tiempo.*

B: *Dentro de una hora te habré penetrado. Tu oficina o nuestra cama, tú decides. Pon fin a esa maldita reunión.*

De golpe noté el aire excesivamente fresco de la habitación sobre mi piel ardiente. Me estremecí y mis pezones se endurecieron, causándome una sensación incómoda al rozar contra mi camisa. ¿Cómo lo conseguía Blake? Unas pocas palabras bien escogidas, transmitidas nada menos que por mensaje de texto, y yo estaba consultando mi reloj.

—¿Quieres abordar algún otro tema, Erica?

Crucé la mirada con Alli. Ella arqueó una ceja, como si supiera que yo no estaba prestando atención. Yo no hacía más que pensar en las consecuencias de hacer que Blake me esperara, y la respuesta física a esa perspectiva empezaba a ser difícil de ignorar. Aparté mis pensamientos de las promesas de Blake y me centré de nuevo en el presente.

—No, creo que hemos terminado. Gracias a todos. —Recogí mis cosas rápidamente, impaciente por marcharme. Indiqué al resto del grupo que podían retirarse y se dispersaron para regresar a sus puestos de trabajo. Alli me siguió hasta mi despacho, separado de los demás por un tabique.

—¿Qué hay de lo de Perry? No quería mencionarlo en la reunión porque es una situación un tanto complicada.

—Poca cosa. Ha vuelto a enviarme un correo electrónico, pero aún no le he respondido. —En esos momentos yo no tenía tiempo para abundar en las complejidades de esa situación si quería llegar a casa antes que Blake.

—¿Has pensado en aceptarlo como anunciante?

—No estoy segura. —Aún tenía mis dudas sobre el tema.

Los grandes ojos castaños de Alli me miraron con sorpresa.

—¿Sabe Blake que Perry se ha puesto en contacto contigo?

—No. —La miré con una expresión más que elocuente, dejando claro que no quería que él supiera nada. La última vez que yo había visto a Isaac Perry, Blake lo tenía inmovilizado contra la pared, agarrándolo por el cuello y amenazándolo con despedarlo si volvía a ponerme una mano encima. Yo no pretendía justificar la inaceptable conducta de Isaac y, al igual que Blake, no estaba dispuesta a perdonarlo. Pero eso era una cuestión de negocios.

—A Blake no le hará ninguna gracia que trabajes con él.

Guardé mi ordenador portátil en el bolso.

—¿Crees que no lo sé?

Las relaciones de Blake influían en mis decisiones estratégicas comerciales más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Alli se apoyó contra mi mesa.

—¿Y qué vas a hacer? Perry debe de haberte ofrecido algo espectacular cuando aún no lo has rechazado.

—Perry Media Group representa a una docena de publicaciones multimedia en todo el mundo. No digo que me fíe de él, pero al menos quiero escuchar lo que tenga que decir.

Alli se encogió de hombros.

—Yo apoyaré la decisión que creas más conveniente para la compañía. No me importa tratar directamente con él, si con eso te sientes más cómoda.

—Gracias, Alli. Pero prefiero llegar yo misma al fondo del asunto. Hablaremos de ello más tarde. Debo irme. Blake me está esperando.

—¿Vais a salir? —Alli se animó al instante; la mujer de negocios se desvaneció, para dar paso a mi mejor amiga, que hacía que cada día resultara un poco más alegre.

—Esto... tenemos planes. Nos veremos más tarde —dije, procurando no dar un tono enigmático a mi respuesta antes de abandonar la oficina y despedirme de todos con la mano.

Un minuto más tarde salí al caluroso día de primeros de agosto. El denso tráfico de la hora punta circulaba con lentitud, y mi teléfono móvil sonó antes de que yo pudiera dar los primeros pasos hacia casa. Solté una exclamación de fastidio y lo saqué del bolso. Blake podía ser endiabladamente persistente. Pero cuando miré la pantalla del móvil, vi un número telefónico de Chicago.

—¿Sí? —respondí tentativamente.

—¿Erica?

—Sí, ¿quién es?

—Soy yo, Elliot.

Me llevé la mano a la boca, sofocando el sonido de mi estupor al oír la voz de mi padrastro.

—¿Elliot?

—¿Tienes un minuto? ¿Te pillo en mal momento?

—No, en absoluto. —Atravesé la puerta del Mocha, el café que había abajo, para refugiarme del calor—. ¿Cómo estás? Hace un siglo que no hablamos.

Él se rió.

—He estado muy liado.

Yo sonreí para mis adentros. Hacía demasiado tiempo que no le oía decir eso.

—Lo entiendo. ¿Cómo están los niños?

—Estupendamente. Crecen demasiado deprisa.

—Ya me lo imagino. ¿Cómo está Beth?

—Muy bien. Ha regresado al trabajo ahora que los niños van a la escuela, para mantenerse ocupada. Los dos estamos muy atareados.

—Se aclaró la garganta e inspiró aire—. Escucha, Erica, sé que hace tiempo que tendría que haberme puesto en contacto contigo. Lo siento mucho, de veras. Quería asistir a tu graduación. Pero aquí llevamos un ritmo de locos...

—No te preocupes, Elliot. Lo entiendo. Tienes muchas cosas entre manos.

—Gracias. —Emitió un leve suspiro—. Siempre has sido una chica muy sensata. Incluso cuando eras más joven. A veces pienso que has demostrado más entereza que yo. Tu madre se sentiría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

—Gracias, eso espero. —Cerré los ojos, dejando que el recuerdo de mi madre apareciera en mi mente. Pese a la fachada de fortaleza que presentaba al mundo, sentí un espasmo de dolor al recordar los tiempos en que los tres éramos felices. Esa época se había visto bruscamente interrumpida cuando a mi madre le diagnosticaron un cáncer que se extendió a través de su organismo con pavorosa rapidez y se la llevó de nuestro lado demasiado pronto.

Aunque nuestras vidas habían tomado rumbos distintos después de la muerte de mi madre, yo confiaba en que Elliot hubiera encontrado la felicidad con su nueva esposa y sus hijos. Aunque fuera a costa de que yo gozara de una infancia normal. Me había criado en un internado y posteriormente en la universidad, pero no me imaginaba unas circunstancias distintas. Esa era mi vida, y el periplo me había conducido a Blake, a una vida que por fin empezaba a cobrar forma después de dejar atrás los estudios.

—Últimamente pienso mucho en Patricia. Me parece increíble que hayan pasado casi diez años. A veces la vida se nos escapa entre las manos. De golpe me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no hablaba contigo.

—Es verdad. Estos últimos años son como una mancha borrosa. Sobre todo últimamente. Y yo creía que antes no paraba... —Entre el negocio y mi relación con Blake, mi vida había dado varios vuelcos. Justo cuando parecía que las cosas se calmaban, la vida nos deparaba una novedad que lo trastocaba todo.

—Bueno, procuraré ir a Boston dentro de poco. No soporto la idea de dejar que pasen diez años sin... sin que nos veamos. Se lo debemos a tu madre.

En mis labios se dibujó una sonrisa de tristeza.

—Sería estupendo. Me encantaría.

—Genial. Prometo intentarlo.

—Lláname cuando sepas las fechas, para que yo coordine mi agenda.

—Perfecto. Hablaré enseguida con Beth y te comunicaré lo que hayamos decidido.

—Confío en ello. Me encantará volver a verte y, por supuesto, conocer a tu familia. —*Tu familia*. Las palabras sonaron extrañas cuando brotaron de mis labios.

—Cuídate, Erica. Seguiremos en contacto.

Me despedí de él, pero en cuanto colgué recibí otra llamada. El corazón empezó a latirme con furia cuando vi el número de Blake.

*Mierda.*

Entré en el apartamento y dejé mis bolsas sobre la encimera de la cocina. Las luces estaban apagadas, pero el sol vespertino se filtraba a través de las persianas. Cuando pasé a la sala de estar, oí la voz de Blake.

—Llegas tarde.

Al volverme lo vi junto al mueblebar al otro lado de la habitación. Se había quitado la camisa, iba descalzo y sostenía una copa medio vacía en la mano. Su rostro no mostraba emoción alguna pero de alguna forma rezumaba una intensidad que al instante me puso en guardia. Sus ojos verdes parecían relucir en la tenue luz de la sala. Tenía la mandíbula crispada, relajándola solo brevemente para beber un trago.

—Lo siento. Recibí una llamada...

—Ven aquí.

Dejé que mis próximas palabras murieran en mis labios sin pronunciarlas. No íbamos a hablar de la inesperada llamada de Elliot, al menos ahora. Había algo inquietante en la forma en que Blake me miraba, su voz denotaba dureza al pronunciar esas dos breves palabras.

Avancé despacio hacia él hasta que estuvimos a pocos centímetros y entre nosotros irradiaba el calor. Blake era innegablemente atractivo, una belleza viril absoluta. Alto y esbelto, su cuerpo me provocaba constantes cortocircuitos en el cerebro. Esa vez no era una excepción. Le toqué el pecho, incapaz de resistirme debido a nuestra proximidad. Sus músculos se contrajeron en respuesta a mi caricia.

—Quítate la camisa —dijo.

Escruté sus ojos durante un instante, pero no observé un ápice de sentido del humor en ellos. Blake se erguía ante mí como una estatua, una obra de arte exquisitamente tallada, frío e impasible. Deslicé los dedos delicadamente sobre sus bíceps, descendiendo hasta detenerme en la cinturilla de su pantalón vaquero que ceñía sus caderas.

—¿Estás bien? —murmuré. Lo había visto así en otras ocasiones. No era necesario que me lo dijera, porque yo sabía que algo o alguien había conseguido cabrearle ese día.

Él torció el gesto, una respuesta casi imperceptible.

—Estaré mejor dentro de un minuto.

Sabiendo qué podía mejorar su estado de ánimo, me quité la camisa y dejé que cayera al suelo.

—¿Mejor? —pregunté ladeando la cabeza, confiando en lograr que aflorara el amante alegre y juguetón en él.

Sus ojos permanecían inmutables, fríos como el acero.

—No vuelvas a hacerme esperar, Erica.

Su voz tenía un tono peligrosamente grave. Yo contuve el aliento, tratando en vano de controlar las reacciones de mi cuerpo a él. De pronto me invadió una potente mezcla de deseo y excitación ante lo que imaginé que iba a suceder. Los detalles de la jornada se difuminaron, ocupando un segundo plano ante el aquí y ahora y ese hombre dominante que estaba a punto de follarme para deshogar su frustración, utilizando mi cuerpo con pasmosa destreza para conseguirlo.

Bajé la mano hasta tocar el duro contorno de su miembro erecto y lo acaricié a través del tejido suave y gastado de sus vaqueros.

—Ahora estoy aquí. Deja que te compense por mi tardanza.

Él me sujetó por la muñeca.

—Lo harás, créeme.

Alcé la vista y lo miré a través de mis pestañas. Él me soltó y apoyó la mano en mi pecho. Deslizó un dedo por el borde de encaje de mi sujetador y por la piel de debajo. Esa simple caricia me excitó. Bajó bruscamente la copa del sujetador, me tomó un pecho y se puso a jugar con el pezón. Yo me incliné hacia él, gozando con sus movimientos lentos y circulares, y un espasmo de deseo hizo presa en mi vientre.

Gemí, y él me pellizcó el pezón con fuerza. Yo aspiré a través de los dientes pero no le aparté. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba al tiempo que en sus ojos se reflejó durante unos instantes una expresión perversa.

—Desnúdate e inclínate sobre la mesa.

El amante alegre y juguetón había aparecido, pero también otra persona.

Arrugué el ceño y dirigí la vista hacia el comedor y la amplia mesa de madera rústica situada en el centro. Antes de que pudiera negarme, él me propinó un azote en el trasero y me empujó suavemente hacia el comedor. Yo me moví rápidamente y me quité la falda, el sujetador y las bragas. Me coloqué frente a la mesa, apoyando las manos en la madera de cálida textura. En el centro había unas cuerdas enrolladas en una pila.

—Inclínate —me ordenó con tono seco.

Apoyó la mano entre mis omóplatos y me obligó a agacharme. Extendí las manos ante mí, conteniendo el aliento cuando sentí la fría superficie de la mesa en el pecho, y los muslos presionados contra el borde. Yo era rehén de una intensa excitación, que me impedía pensar con claridad y lo único que sabía con certeza era que a partir de ese momento Blake iba a asumir el control de la situación.

Yo misma se lo había entregado.

Tan pronto como abandoné la rutina de mi vida laboral normal y me instalé en el apartamento que ahora compartíamos él y yo, empecé a



batallar con prácticamente todos mis instintos. Había cedido todo el control al hombre que amaba, confiando en que él cuidaría de los dos. Siempre lo hacía, pero a veces no resistía la tentación de rebelarme un poco, para que supiera que yo seguía allí, luchando.

Blake deslizó su fría mano sobre mis nalgas. Me tensé en respuesta a esa simple caricia. Me mordí el labio, preparada para lo que siempre sucedía a continuación.

—Has llegado veinte minutos tarde. ¿Sabes lo que eso significa?

Antes de que yo pudiera responder, me asestó un contundente azote en el culo. Yo solté un alarido de dolor. Al cabo de unos instantes el escozor remitió, provocándome un intenso calor que me recorrió el cuerpo. Arqué la espalda, apretándome contra Blake.

—¿Vas a castigarme? —pregunté bajito.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí. —El servilismo de mis respuestas seguía sorprendiéndome, teniendo en cuenta lo lejos que habíamos llegado en nuestra relación y el placer que me procuraban esas zonas oscuras que habíamos descubierto el uno en el otro. El hecho de reconocer el intenso placer que me producían seguía requiriendo cierta dosis de valor.

—Tienes suerte. Vas a recibir veinte azotes. Quiero que los cuentes. No lo olvides, o te azotaré con el cinturón.

Sin pérdida de tiempo Blake me asestó otro azote en el trasero, tan fuerte que el eco reverberó a través de la habitación. En cuanto recuperé el aliento, empecé a contar en voz alta.

—Uno.

—Muy bien —dijo él, propinándome otro.

—Dos.

Con cada doloroso azote, me tensaba y me humedecía más entre las piernas, una circunstancia que no dejaba de asombrarme. Pero lo cierto es que recibir esos azotes me hacía enloquecer. Cuando pasamos de diez empecé a arañar la mesa, más que preparada para el placer que seguiría a ese exquisito dolor.

*Veinte.*

Suspiré y me apoyé contra la mesa. La sensación de alivio duró poco porque Blake me agarró de la coleta y me obligó a incorporarme.

—Arriba.

Yo me enderecé y él hizo que me volviera. Abrió la boca como para decir algo, pero en lugar de ello juntó nuestros cuerpos. Su piel ardía debajo de la mía, y de pronto le deseé con más intensidad. Él oprimió sus labios contra los míos y me besó con fuerza. El aroma a whisky se mezcló con el almizcle de su olor personal. Abrí los labios, invitándolo, deseando sentir su sabor en mi lengua. Él tiró suavemente de mi coleta, rompiendo el contacto entre ambos.

—Eres demasiado codiciosa.

Yo hice un mohín.

—Eres una niña malcriada, y no escuchas.

—Te escucho —insistí.

—Puede que me escuches, pero no me obedeces. Se acabaron los juegos. Tienes que aprender, y esta noche voy a darte una lección.

Traté de reprimir el temor que me provocó un nudo en el estómago. El miedo a lo desconocido.

—Lo siento.

—Es un buen comienzo. Súbete a la mesa.

Tras dudar unos segundos me senté rápidamente en el borde. Él sacudió la cabeza y me empujó hacia atrás.

—En el centro. Apresúrate.

Yo arqueé las cejas, pero en lugar de preguntarle qué se proponía, me deslicé hacia el centro. Él rodeó la mesa y tomó la cuerda que estaba justo allí.

—Tumbate.

Obedecí y él me sujetó por la muñeca, tirando de mi brazo hasta alcanzar la esquina de la mesa. Con pasmosa rapidez y destreza, me ató los brazos a las patas de la mesa. Cuando se disponía a atarme los tobillos, tiré de la cuerda para comprobar su resistencia. No cedió un ápice.

Me ató una extremidad y luego la otra, dejándome de piernas abiertas sobre la mesa.

—Eso está mejor —dijo, pellizcándome ligeramente en la pantorrilla.

Al darme cuenta de mi tremenda vulnerabilidad, un intenso calor se extendió sobre mi piel hasta las mejillas. Quería decirle que eso era

demasiado. Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero estaba húmeda entre las piernas y necesitaba que me hiciera lo que su retorcida mente había ideado, fuera lo que fuese. Blake se apartó hasta que desapareció de mi ángulo de visión, lo cual contribuyó a mi creciente inquietud.

—¿Adónde vas? —Procuré ocultar la angustia que denotaba mi voz.

—Descuida, no pienso irme. No cuando te tengo abierta sobre la mesa para darme un festín.

Oí el tintineo de unos cubitos de hielo al caer dentro de un vaso seguido del murmullo de un chorro de líquido. Blake regresó y se detuvo ante mí, llevándose el vaso a los labios, ocultando la sombra de una sonrisa de satisfacción en su hermoso rostro. Había algo en su expresión que prometía que iba a someterme a una lenta tortura. El deseo que pulsaba a través de mi cuerpo se multiplicó. Me hallaba enteramente a su merced.

Transcurrieron unos segundos que se me antojaron minutos. Mis pechos se movían al ritmo de mi agitada respiración, que fue acelerándose mientras yo seguía esperando. ¿El qué? No tenía ni idea, pero las posibilidades me excitaban.

Blake se llevó de nuevo el vaso a los labios, apuró su contenido y lo dejó caer sonoramente sobre la mesa, entre mis piernas. Metió la mano dentro del vaso y al tintineo de los cubitos de hielo siguió la silenciosa impresión que me produjo el gélido contacto sobre mi piel. Él deslizó lentamente un dedo húmedo por la parte interior de mi pierna, sobre la piel sensible de la cara interna del muslo. Me estremecí, tensándome, mientras sus manos descendían por mis caderas hasta alcanzar mi vientre. El cubito de hielo se fundió despacio sobre mi ombligo mientras él tomaba otro.

Luego rodeó la mesa y se detuvo a mi lado. El siguiente cubito de hielo lo deslizó alrededor de mis pezones, recreándose en cada uno. Yo reprimí una exclamación de protesta al experimentar una sensación casi dolorosa. No podía arriesgarme a que siguiera castigándome si ello demoraba el momento de que me penetrara. Él se inclinó sobre mí, sustituyendo el intenso frío del hielo por el calor húmedo de su boca. Mor-

disqueó mis endurecidos pezones mientras deslizaba una mano fresca y húmeda entre mis muslos hasta localizar lo que buscaba.

Empezó a canturrear suavemente, introduciendo sus dedos con toda facilidad a través de mis pliegues cutáneos, jugando con mi clítoris.

—¿Te gusta que te ate, cielo?

Me humedecí los labios reseco, asintiendo apresuradamente. ¿Me gustaba en realidad? No estaba segura. Lo único que sabía era que no quería que parara. No quería decir nada que le distrajera e impidiera proporcionarme el placer que solo él era capaz de darme. Él me mantenía al borde del precipicio, en un estado de excitación e impotencia que rayaba lo insoportable. Tiré de mis ligaduras, pero únicamente conseguí que la cuerda me lastimara la piel.

—Deja de resistirte, Erica.

Se incorporó, privándome del contacto de su piel y su proximidad.

—Pensé que tenías prisa —me quejé, tratando de contener el deseo que me abrasaba con mayor furia con cada minuto que pasaba. Maldije a Blake y esa cuerda.

Él sonrió satisfecho.

—La tenía, pero la perspectiva de castigarte ha aplacado mi urgencia. Ahora me limito a disfrutar.

Cerré los ojos. Respiré hondo, haciendo que mi pecho se expandiera, y traté de relajarme. Al hacerlo, sentí algo frío entre mis piernas.

Solté un grito, debido a la sorpresa y a una sensación que no estaba convencida que fuera desagradable. Mi clítoris pulsaba contra el cubito de hielo mientras Blake lo movía sobre él, entre mis labios genitales. Contuve el aliento al sentir que bajaba la mano, apartando el cubito de hielo de mis partes más sensibles e introduciendo suavemente su glande en mi interior. Cuando pensé que iba a hacer que me corriera, el efímero contacto fue sustituido de nuevo por el cubito de hielo. ¿Durante cuánto tiempo sería capaz de hacerme esto y reprimir su propio deseo? ¿Durante cuánto tiempo sería yo capaz de resistirlo? Estaba a punto de estallar y gritar de desesperación.

—Blake, no puedo... seguir con esto. Me estás matando.

—¿Qué sientes al tener que esperar... loca de deseo?

Apreté la mandíbula con fuerza, tratando de distraerme y dejar de pensar en la incómoda tirantez entre mis muslos. Me retorcí aun sabiendo que con ello no conseguiría que Blake me follara antes de que quisiera hacerlo.

—Odio esto.

—¿Quieres que terminemos?

—Sí —respondí con un tono que denotaba desesperación.

Él se inclinó sobre mí, rozando con sus labios la sensible piel de mi cuello. Deslizó la lengua sobre la curva de mi oreja, lo cual constituía de por sí una lenta tortura.

—Suplica.

Sentí un escalofrío. Me arqueé alzando el pecho hacia el aire, hacia nada porque él apenas me tocaba.

—Dime cuánto lo deseas. Necesito oírtelo decir.

—Blake... por favor, fóllame de una vez.

—Eso suena como una orden. Quiero que me supliques.

Yo gemí y él se apartó, rompiendo todo contacto corporal conmigo.

—¡Blake! —Yo estaba furiosa y desesperada.

—*Sométete.*

La aspereza de su tono me sobresaltó.

—Si quieres correrte tienes que someterte a mí, Erica. Basta de juegos. Deja de ponerme a prueba.

Tragué saliva, esforzándome en reprimir el instinto de rebelarme contra su orden. *Sométete.* Tenía la garganta agarrotada, como si viera esa palabra atascada allí y no pasaría hasta que yo la aceptara. Esa palabra significaba mucho. Me resultaba más fácil someterme cuando trataba de convencerlo de que tomara lo que necesitara de mí. Ahora era él quien tomaba lo que deseaba. No me lo pedía y no estábamos negociando.

Cerré los ojos, esforzándome en oír la voz en mi mente que me decía que me relajara, que dejara de resistirme.

—No me lo pones fácil. —Yo quería que comprendiera mi afán de resistirme, que dejara incluso de insistir en el tema. A veces, incluso cuando adoptaba su aire de dominio sobre mí, me permitía rebelarme un poco.

—Me he pasado el día apagando fuegos. Lo único que deseo cuando regreso a casa es a ti, y no quiero tener que obligarte cada vez. Si tengo que hacerlo lo haré, pero no te lo pediré siempre amablemente ni te lo pondré fácil. De modo que vete acostumbrando a someterte. Estás desnuda, atada a la mesa, y a punto de correr. ¿No quieres correr?

—Claro que sí.

—Entonces *súplica*.

—Por favor... —Mi *súplica* sonaba débil.

—Te escucho, Erica. Por favor, ¿qué?

—Por favor, haz que me corra. Deseo sentir tus manos sobre mí. Haré lo que sea... Te lo juro.

—¿Me estarás esperando en casa, desnuda, la próxima vez que te lo pida?

—Sí.

Las yemas de sus dedos rozaron mi pulsante clítoris. Contuve el aliento y alcé las caderas para intensificar el contacto, pero él se apartó de mí tan rápidamente como se había acercado.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Joder, haré lo que sea.

—¿Y no tendré que ordenarte de nuevo que te sometas a mí?

—No —prometí, meneando la cabeza con vehemencia.

Su mano irradiaba calor sobre el punto donde yo ansiaba que me tocara. Resistí el deseo de mover mi cuerpo unos centímetros para aproximarme más a él. *Maldita sea, esto es una tortura.*

Cada célula de mi cuerpo anhelaba sentir sus caricias, pero yo no tenía ningún control sobre la situación.

Esa era la realidad que me resistía a aceptar. De alguna forma tenía que confiar en que él haría que ambos alcanzáramos el clímax. Tras esa constatación, sentí una sensación de liberación. Me relajé sobre la mesa, dejando de rebelarme contra mis ligaduras. Mis músculos se relajaron pero mi mente no dejaba de dar vueltas sobre lo mismo, tan impotente como mi cuerpo a la hora de controlar mi febril excitación.

Entonces me tocó. Apoyó la palma de la mano en mi sexo y me lo apretó con firmeza.

—Esto es mío. No te correrás hasta que yo quiera. ¿Lo has entendido?

Yo lo miré con los ojos nublados por el deseo. Estaba a punto de gritar porque no soportaba más la tensión, como si de alguna forma él me hubiera contagiado las frustraciones que había sufrido ese día.

—Haré lo que quieras, Blake.

Sus ojos se suavizaron durante una fracción de segundo ante mi rendición. Luego me penetró con dos dedos. Sorprendida, emití un suspiro de alivio. Él movió los dedos dentro de mí, explorando mi húmedo pasaje. Temblando, me tensé al contacto de sus dedos, deseando que me hubiera penetrado con su pene pero aliviada de que lo hubiera hecho al menos con sus dedos. Él los movió suavemente dentro de mí al tiempo que me acariciaba el clítoris con movimientos circulares.

Yo emití un breve gemido ante la potencia de ese gesto, aliviada y volviéndome a tensar al mismo tiempo. Mis nervios cobraron vida, mi cuerpo ardía y estaba preparado de nuevo para recibirlo. Dios, ese hombre tenía el don de hacerme penosamente consciente del placer que sentía mi cuerpo cuando lo tocaba. Mis caderas se alzaron unos centímetros como por propia iniciativa, pero me detuve.

*Suplica.* Su petición reverberaba en mi mente, a un tiempo sensual e implacable. Todo mi ser pulsaba. La sangre circulaba con furia por mis venas, resonando en mis oídos. De pronto sentí el comienzo de un orgasmo imparable, al que no estaba dispuesta a renunciar. Ni por orgullo ni por nada.

—No pares. Te lo suplico, por favor no pares.

—Eso es lo que quiero oír, cielo. ¿Quieres sentir mi polla dentro de ti?

—Dios, sí.

—¿Quieres que haga que te corras primero?

Los colores giraban detrás de mis ojos y cada músculo de mi cuerpo se tensó ante la perspectiva. Abrí los ojos cuando comprendí que él aún no me había dado explícitamente permiso para correrme. Lo miré a los ojos, oscuros y entrecerrados debido al mismo deseo que en esos momentos me recorría el cuerpo.

—Por favor, deja que me corra, Blake, te lo suplico...

Él se agachó y me besó en la boca con furia. Nuestros labios se devoraron, nuestras lenguas chocaron y se succionaron una a la otra, mientras sus dedos seguían acariciándome, follándome con suavidad, conduciéndome hacia el borde del abismo. Un placer abrasador me invadía, como si lo único que tuviera sentido en el mundo fuera el punto donde nuestros cuerpos se unían, el placer que él me ofrecía. Me sentía tan agradecida como desesperada por alcanzarlo. Una ardiente excitación me atrapó. Empecé a temblar debido al esfuerzo de retrasar el clímax.

—Dios —gemí, perdiendo toda noción de la realidad, de cuanto me rodeaba—. Por favor, por favor, por favor.

—Córrete, Erica. Ahora —murmuró con voz ronca dentro de mi boca, redoblando sus caricias en mi sexo.

Me faltaba el aliento y arqueé la espalda, alzándome de la mesa. Ligada de pies y manos, no podía acelerar nada, no podía controlar nada. Las palabras, la orden que me había dado, me habían despojado de toda capacidad para obrar. Yo le pertenecía. Era suya. A su merced y a sus órdenes, me despeñé por el abismo con un alarido. Apreté los puños con fuerza y resistí como pude mientras el orgasmo sacudía mi cuerpo.

En ese instante perfecto el mundo se sumió en el silencio. Yo seguía temblando cuando él se apartó. Sus dedos comenzaron a soltar la cuerda alrededor de mis tobillos. En alguna parte de mi mente durante los delirantes momentos que siguieron al orgasmo, experimenté una sensación de alivio al sentir esa nueva libertad. Segundos más tarde él estaba desnudo, cubriendo mi cuerpo con el suyo. Me colocó las piernas alrededor de su cintura y, apoyando la gruesa punta de su pene en mi entrada, me penetró apenas un par de centímetros.

—La tengo tan dura que me duele. Voy a follarte con tanta furia, hasta el fondo, que la próxima vez no olvidarás quién es tu dueño, cariño. Haré que te corras una y otra vez, hasta que comprendas que soy más que capaz de procurarnos a ti y a mí lo que ambos deseamos.

Mi voz se perdió en mi delirio. Estaba mareada, apenas preparada para lo que iba a darme a continuación. Los músculos de su torso estaban tensos y duros cuando me rodeó la cintura con un brazo.



Sus verdes pupilas, oscuras y dilatadas, se clavaron en las mías. Entonces lo vi, al hombre, pero también al animal que habitaba bajo la superficie.

Él necesitaba eso. Me necesitaba de esa forma.

—Blake. —Me pasé la lengua por los labios, reseco debido a mi trabajosa respiración—. Bésame... por favor.

La tensión en su mirada, la dominante determinación, dio paso a algo distinto.

Lo sentí cuando nuestros labios se unieron, con más ternura pero de manera no menos apasionada. El amor. Lo reconocí. Pese a sus extrañas aficiones sexuales y a su maldito afán por dominarme, yo amaba a ese hombre. Necesitaba ser así para él en la misma medida en que él lo necesitaba.

—Te quiero. —Las palabras surgieron de mis labios cuando interrumpí nuestro beso.

Esos ojos intensos se clavaron de nuevo en los míos. La necesidad que vibraba a través de su cuerpo pareció calmarse durante un momento. Luego se inclinó de nuevo sobre mí. Sus labios rozaron los míos suavemente.

—No puedo respirar sin ti, cielo. Me destrozas y luego vuelves a recomponerme. Aceptas todo lo que te hago, y sin embargo me amas.

La expresión inquisitiva en sus ojos y la duda que encerraban esas últimas palabras me partieron un poco el corazón.

—Blake... soy tuya. Deseo esto. Deseo todo tu ser. —Sentí un nudo en la garganta, por razones muy distintas que antes. El deseo y un amor desenfrenado me invadían, irradiando entre nosotros.

Nuestros labios se unieron de nuevo y él volvió a penetrarme, introduciendo su lengua en mi boca mientras lo hacía. Mi sexo se tensó alrededor de su grueso miembro. Me penetró hasta el fondo. Estábamos perfectamente acoplados, nuestras almas tan unidas como nuestros cuerpos. Él se apartó un poco y volvió a embestirme con furia. Yo sofoqué una exclamación. Su cuerpo estaba duro sobre el mío, tenso debido al esfuerzo de contenerse. Yo sentí también esa necesidad de estallar, de dejarme arrastrar por este deseo salvaje.

Sus ojos irradiaban un calor abrasador cuando me tomó por la nuca con una mano, apoyando su peso sobre el codo. Le rodeé la cintura con mis piernas, uniendo los tobillos a su espalda, mientras sus poderosos bíceps se clavaban en la piel de mi cintura. Entonces me embistió con fuerza, tal como yo deseaba que hiciera. La fricción de su miembro contra mi sexo me condujo rápidamente al borde del orgasmo. Abrí la boca con un grito silencioso que halló su voz mientras él seguía follándome.

Con furia. Rápidamente. Sin contemplaciones. Implacable. Una de las numerosas formas en que me encantaba que me hiciera el amor.

El ritmo incesante de sus movimientos hizo que me corriera de nuevo. Mi sexo se tensó alrededor de su pene mientras le sujetaba por las caderas con mis muslos. Un violento clímax siguió a otro hasta que él empezó a correrse conmigo. Movía las caderas con furia, penetrándome hasta el fondo, inmovilizándonos sobre la mesa en una desenfrenada carrera para desahogarse, para aliviar la tensión... al tiempo que sus labios pronunciaban mi nombre.

## 2

Estaba sentada a horcajadas sobre las caderas de Blake, masajeando con mis pulgares los abultados músculos de sus hombros. Estos apenas se movían, y me pregunté si mis caricias le producían algún efecto. De pronto emitió un leve gemido. Sonreí y me incliné sobre él, apoyando mi pecho en su espalda. Besé su piel, aspirando el perfume de la loción mezclado con su olor personal. Por una magia de la naturaleza, mis músculos también se relajaron. Su penetrante olor a almizcle, el sudor después de habernos hecho el amor, casi me abrumó. Habría podido permanecer en esa posición todo el maldito día, deleitándome con su olor.

—Hueles de maravilla. —Oprimí los labios contra él, besándolo, aspirándolo.

Él soltó una breve carcajada.

Deslicé la lengua sobre su piel para sentir su sabor, como si su olor no bastara. Como si el hecho de que me hubiera follado hasta casi hacerme perder el conocimiento sobre la mesa del comedor, atada de pies y manos como la rebelde sumisa que era, no bastara. Blake Landon era mi droga, mi obsesión, un hábito al que no estaba dispuesta a renunciar jamás.

Le adoré con mis labios y mis dientes. Le masajeeé con mis dedos, deslizándolos sobre él con la misma obsesión.

De pronto se volvió, obligándome a levantarme de encima de él. Me tumbé boca arriba, su espectacular cuerpo desnudo entre mis piernas.

—¿Tratas de que vuelva a follarte? Porque en tal caso, vas a conseguirlo.

Yo me reí. Él sonrió de oreja a oreja, sujetando mis muñecas a ambos lados de mi cabeza. Frotó suavemente los lugares donde la cuerda me había lastimado.

Al observar un leve pero familiar gesto de preocupación en su rostro, me solté. Le tomé las mejillas, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Estoy bien. No empieces a sentirte culpable, ¿vale?

—No quería hacerte daño.

—Te aseguro que no he sentido nada. En el calor del momento, lo único que siento son tus manos sobre mí, tu polla dentro de mí. Me obnubila. Algo que en circunstancias normales podría lastimarme no hace sino intensificar el placer que me das. Y sabes de sobra que me encanta, de modo que no te comportes como si yo fuera una gatita herida.

—Pero ahora te duele. ¿Y si te salen unos moratones?

—¿Qué más da? La próxima vez no me resistiré tanto. Querías darme una lección, ¿no? —Moví las caderas debajo de él, tentándolo mientras su miembro caliente y erecto pulsaba contra mi vientre. Esboqué una sonrisa burlona. Quería recuperar al Blake jugueteón, y no estaba dispuesta a dejar que siguiera censurándose por sus necesidades, unas necesidades que se habían convertido en las mías.

Después de lo que había pasado con el hombre que me había violado hacía cuatro años, pensé que jamás sería capaz de entregar a alguien el control que había entregado a Blake. Pero él me había enseñado a gozar dejándome llevar. Me había abierto los ojos al deseo, a algo más profundo e infinitamente más intenso que todo cuanto yo había experimentado.

Por más que yo había luchado por retener el control él me lo había arrebatado con esa prodigiosa habilidad que tenía. Me había obligado a someterme hasta hacerme enloquecer de deseo, y ahora yo no quería que fuera de otro modo. No imaginaba que pudiera ser de otro modo.

Pasé dos dedos sobre su ceño fruncido.

—¿Qué te preocupa? Hace un rato parecías disgustado.

Él se levantó de encima de mí y se tumbó boca arriba, con la mirada fija en el techo. Antes de que yo pudiera insistir en mi pregunta, una puerta se cerró de golpe y oí unas voces sofocadas. Me levanté rápidamente y cerré la puerta del dormitorio con llave. Luego volví a acostarme junto a Blake, acurrucándome en la curva de su brazo. Apoyé una pierna perezosamente sobre su poderoso muslo.

En la habitación resonó un golpe sordo procedente del vestíbulo del apartamento. El sonido fue seguido por unas risas y luego un gemido de mujer. Sonreí. Allí y Heath estaban otra vez dale que te dale, pero ¿quién era yo para criticarlos?

Menos mal que no habían entrado en el comedor cuando Blake me tenía atada de pies y manos sobre la mesa. No me imaginaba explicándoselo a Alli. Por suerte, ella estaba en la inopia acerca de las extrañas manías y aficiones de Blake en la cama, y al menos de momento, yo prefería que siguiera así.

—Deberíamos irnos de viaje —soltó Blake de improviso.

Yo suspiré.

—Estoy segura de que se mudarán pronto a otro apartamento.

—Cuanto antes mejor. Además, no hemos hecho una escapada juntos desde... desde Las Vegas. Podríamos tomarnos un largo fin de semana. Quiero pasar un tiempo a solas contigo. Nosotros solos. Sin distracciones.

Una inesperada serie de acontecimientos, muchos de ellos orquestados por Blake, nos habían llevado hasta allí. Las Vegas había sido un punto de inflexión entre ellos, y el recuerdo de la primera vez que habíamos estado juntos seguía produciéndome una grata excitación que me recorría todo el cuerpo. En aquella época entre nosotros solo había existido el deseo carnal, que había dado paso a una obsesión, y en algún momento de ese salvaje y difuso frenesí, yo me había enamorado de él.

—No creo que deba ausentarme del trabajo ahora. —Las últimas horas habían logrado apartar a Risa y a Max y sus mezquinas intrigas de mi mente, pero la realidad empezaba a imponerse de nuevo lentamente.

—Creo que te has ganado un respiro. Quiero llevarte fuera de aquí unos días. Siempre habrá algo que tengamos que hacer y alguien que nos necesite. Pero no hay nada que no pueda esperar un par de días.

Yo arqueé las cejas. La trabajadora compulsiva que anidaba en mí no estaba muy convencida.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Es más, acabo de decidir que no dejaré que te niegues. Nos marcharemos mañana después del trabajo.

Yo sonreí. La idea empezaba a ilusionarme.

—¿Qué tipo de ropa debo llevarme?

—Yo te prepararé la maleta.

—No es necesario que lo hagas.

—No creo que pases mucho tiempo vestida, de modo que da lo mismo lo que te lleses. Un bikini y unos tangas. Con eso tendrás suficiente.

Yo me reí y le di un afectuoso cachete. Él me sujetó la mano y gruñó, obligándome a montarme sobre él.

—Hasta entonces, creo que deberíamos hacer también un poco de ruido.

Me reí de nuevo y sacudí la cabeza.

—Eres capaz de cualquier cosa con tal de no quedarte atrás. Eres incorregible, Blake.

—Créeme, no tengo ningún interés en oír cómo folla mi hermanito. La única manera en que puedo transmitirle un mensaje es devolviéndole el favor. Solo tengo que pensar en la forma de hacerte gritar de placer.

Mi sonrisa se borró un poco de mis labios. Él me abrazó, estrechándome con fuerza y atizando el fuego con cada suave caricia de sus dedos sobre mi piel.

—Tengo la sensación de que eres un experto en ello.

Una fuerte llamada a la puerta me alertó. Blake se movió a mi espalda, pero no se despertó.

—¿Estás levantada, Erica? —La voz tenue provenía del otro lado de la puerta.

Me puse la camiseta de Blake y lo miré para asegurarme de que estaba decorosamente cubierto con la sábana. Abrí la puerta unos centímetros. Allí estaba completamente despabilada y vestida para irse a trabajar.

—¿Qué pasa? —pregunté, arrugando el ceño—. ¿Qué hora es?

—Las ocho. Vístete. Tengo que enseñarte algo.

La observé con ojos cansados; aún no estaba lo bastante despierta para comprender nada más allá de que quería volver a acurrucarme en la cama junto a Blake.

—¿De qué se trata?

—Ponte en marcha y nos reuniremos en la oficina.

—¿Por qué...?

Antes de que yo pudiera terminar la frase, Alli desapareció por el pasillo y al cabo de unos segundos la puerta se cerró. Entré de nuevo en el dormitorio y me dirigí al baño. Blake seguía durmiendo cuando terminé de ducharme. Me vestí rápidamente y me detuve unos instantes junto a él, gozando al contemplar la rara placidez que mostraba su rostro cuando dormía. De los dos, él era el más madrugador, pero la noche había sido muy larga. Algunas noches no nos cansábamos de hacer el amor, y aquella noche había dado paso a la mañana antes de que el sueño nos venciera. Lo besé suavemente en la mejilla y me fui a trabajar.

Cuando entré en la oficina, todos los del equipo estaban apiñados alrededor de James, con los ojos clavados en la imagen que aparecía en el monitor. Me acerqué a ellos, sin comprender al principio qué estaba mirando.

—¿Qué ocurre?

—Anoche fundaron esta nueva web, PinDeelz —me explicó Alli—. Todos nuestros usuarios de Clozpin recibieron unos mensajes de texto sobre el lanzamiento de esta compañía, inclusive nosotros. Con gran discreción.

Me incliné sobre el hombro de James mientras él navegaba a través de las páginas de una web que, aunque la imagen de marca era distinta, se parecía mucho a la nuestra. El alma se me cayó a los pies al comprobar que en cada página había un anuncio de Bryant's, uno de nuestros principales anunciantes que aún no había renovado el contrato con nosotros para el mes siguiente.

*Hijo de puta.*

Me enderecé y entré en mi despacho. Abrí rápidamente mi ordenador portátil y me puse a investigar más a fondo esa web. La página de inicio indicaba que Max era su fundador y Risa la directora ejecutiva. Como es natural, el papel de Trevor no se mencionaba, pero yo sabía que el hacker que había pasado meses, quizás años, tratando de arruinar las empresas de Blake había sido un elemento fundamental en la creación

de esa web de la competencia. Aunque eso supusiera abstenerse durante un tiempo de atacar incesantemente mi empresa y las de Blake.

Estaba furiosa. Apenas era capaz de asimilar lo que estaba ocurriendo. Sid y yo habíamos dedicado muchos meses a poner a punto Clozpin, convirtiéndola en la compañía que era en esos momentos. Todo nuestro éxito, todos los errores y las lecciones habían sido rápidamente copiados, corregidos y mejorados.

Alli entró y se sentó en la silla frente a mi mesa; su rostro reflejaba la misma preocupación que el mío. Se mordió el labio pero no dijo nada. Una ira psicótica me invadió. Quería darme el lujo de montar la mayor rabieta que jamás había presenciado nadie. Quería blasfemar, y pobres de ellos si conseguía dar con Max y con Risa... y con Trevor... Correría la sangre.

—Me parece increíble que hayan hecho esto.

—Lo sé —respondió Alli bajito.

—Me cuesta creer que alguien sienta tanto odio hacia Blake y hacia mí como para hacer una cosa así. Esto es sabotaje.

—No durarán, Erica.

Yo solté una breve carcajada.

—¿Por qué? ¿Qué va a impedirselo? Ya conoces a Risa. Sabes lo determinada que es, y con el dinero de Max, no veo por qué no van a poder eliminarnos por completo. El mercado no es lo bastante grande para soportar a dos compañías online que ofrecen lo mismo.

—No pienses eso. No lograrán hundirnos. Desde mi regreso he hablado con muchos clientes potenciales. Es un proceso que lleva su tiempo, pero no tardaremos en cerrar más tratos. Nuestra marca está establecida, y tenemos un excelente historial. Me extraña que consiguieran que Bryant's confiara en ellos siendo tan nuevos.

Al imaginar lo que Risa debió de decirles para lograr arrebatarnos a uno de nuestros principales anunciantes volví a cabrearme.

—¿Qué voy a hacer?

—Seguir adelante. Quieren distraernos y atemorizarnos. No dejes que lo consigan.

Yo sacudí la cabeza. Nada de lo que ella dijera podía mejorar mi estado de ánimo. En el fondo, no la creía. El cielo se había desplo-



mado sobre mí, y no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que ellos destruyeran todo lo que me había costado tanto construir.

La mañana transcurrió sin mayores novedades, pero yo no me sentía menos exasperada por la situación. Había perdido muchas horas obsesionándome con cada detalle de la nueva web, comparando cada uno de sus elementos con la nuestra. Mis inseguridades iban al volante, y al final conseguirían echarme de la carretera. A la hora de almorzar, buena parte de mi adrenalina se había agotado y mi cuerpo me recordó que había pasado la mitad de la noche sin pegar ojo, con Blake. Necesitaba un café.

Bajé al Mocha y me senté en una pequeña mesa en un rincón. Me entretuve mirando la carta aunque siempre pedía lo mismo. Simone se acercó a mí, atrayendo más de una mirada mientras atravesaba el café. Su cabello rojo, sus envidiables curvas y su insolente sonrisa me saludaron al cabo de unos momentos.

—¿Cómo está mi experta en tecnología favorita?

—He tenido días mejores —respondí—. Yo creía que tu experto en tecnología favorito era James.

Ella sonrió con ironía y se apoyó contra la mesa.

—Ya, bueno, el chico hace méritos para serlo. No estoy muy convencida de que no siga bebiendo los vientos por ti.

Resistí la tentación de poner los ojos en blanco. Confiaba sinceramente en que James hubiera pasado página, y Simone contaba con mi bendición. James era el hombre de sus sueños, desde su pelo negro azabache a su musculoso brazo cubierto por una manga de tinta. El único problema era que había malinterpretado todos los signos cuando Blake y yo habíamos estado separados. O quizá los había interpretado bien, sabiendo que yo necesitaba desesperadamente un amigo, algo o alguien que pudiera llenar el vacío que la ausencia de Blake había dejado en mí. Yo no había caído en la cuenta, hasta mucho después que nada podía llenar jamás ese vacío excepto el hombre que por fin compartía mi cama.

—No creo que debas preocuparte por eso, Simone.

Ella arrugó un poco el entrecejo.

—¿No estabais enrollados tú y él?

—No. —La miré con ojos como platos, como sorprendida por semejante sugerencia—. Por supuesto que no.

Ella se rió.

—Tranquila. Solo era una pregunta.

Pero no lo era. Era un amargo recordatorio de la indiscreción que James y yo habíamos cometido. Cada vez que pensaba en ese momento de debilidad fuera de la oficina me invadían los remordimientos. En aquel entonces estaba convencida de que Blake mantenía una relación con Risa, por no hablar de su exnovia, Sophia, que no cesaba de perseguirlo. Todo estaba revuelto y confuso. Yo ignoraba lo que el futuro me deparaba hasta que me encontré en brazos de James, deslumbrada por un beso que rápidamente dio paso a la fría realidad de que suponiendo que hubiera un hombre en mi futuro, ese hombre era Blake.

—¿Qué te pasa, cielo? Pareces hecha polvo.

Alcé la vista.

—Lo estoy. Cosas del trabajo. Es una larga historia.

—¿Quieres contármelo esta noche? Puedes explicármelo en términos para los profanos en la materia mientras nos tomamos una copa. Ya sabes que solo comprendo la mitad de lo que tú y tu gente decís.

Yo me reí débilmente.

—Esta noche me marché de la ciudad con Blake, pero quizá podamos tomarnos una rápida copa antes de que nos vayamos. ¿Te importa que venga él también?

—Claro que no. Ahora dime qué quieres que te traiga.

Pedí mi almuerzo y me dispuse a comer sin prisas. La mayoría de los días comía a toda velocidad para regresar cuanto antes al trabajo, pero ese día me dediqué a observar tranquilamente a las personas que pasaban frente a las ventanas del café, ocupadas con sus respectivos quehaceres. Detrás de cada rostro se ocultaba una historia, y no pude por menos de preguntarme si alguna vez podría volver a confiar en alguien fuera de nuestro equipo. Ingenuamente y desoyendo las advertencias de Blake, había confiado en Max, lo suficiente para pensar en cederle la propiedad de mi compañía antes de que Blake decidiera financiarla. Y Risa... Se había mostrado entusiasmada, deseosa de apren-

der y asumir toda la responsabilidad que yo necesitaba desesperadamente delegar, para utilizarlo en mi contra.

Me esforcé en reprimir las lágrimas. Si dejaba que rodaran libremente por mi rostro, estarían cargadas de ira por haber tenido que aprender esa lección por las malas.